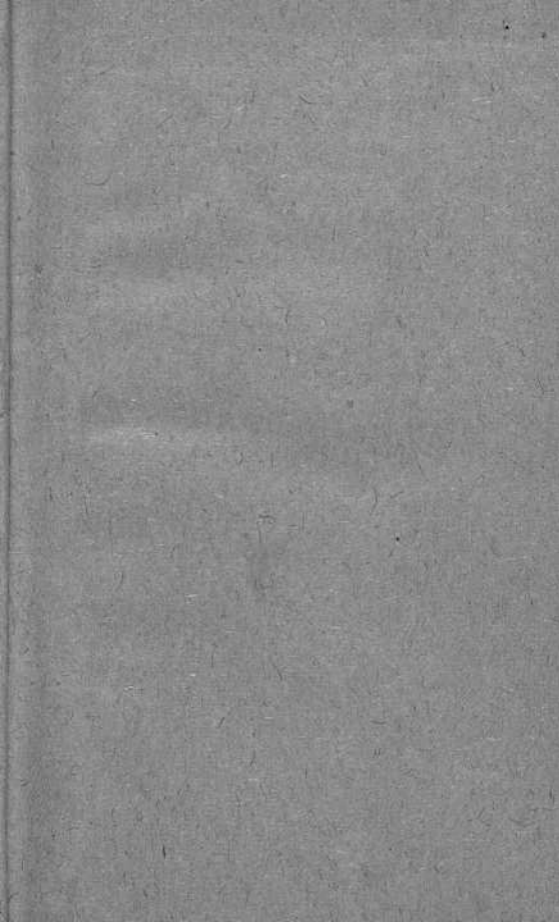


7.

ALTERNATIVA DEL KIRGHIZIAK



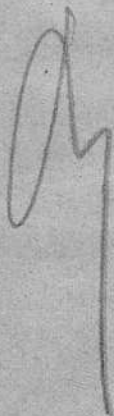








612



La alternativa

del Enaguistas

INTERVIEW

*celebrada con el famoso diestro
por un revistero fracasado.*



MADRID

Imp. de A. Pérez y C.^ª

Encarnación, 4

Es propiedad.



ANTECEDENTES DE LA CUESTION

La alternativa del *Enagüitas*, que de algún tiempo á esta parte venia siendo tema de la discusión en todos los círculos taurinos, ha tenido últimamente el privilegio de rebasar sus naturales límites, y de invadir lo mismo el estadio de la prensa que el bufete del comerciante, las tiendas como los cafés, igual los colegios que las cacharrerías.

Es el asunto del día, y á su lado padecen los más graves problemas nacionales.

Hombres y mujeres, niños y ancianos, hombres de letras y guardas de consumos se hallan interesados en la contienda, y allí donde se reunen dos ó más personas, surge indefectiblemente la misma pregunta, objeto de la preocupación general.

¿La toma ó no la toma el *Enagüitas*?

Sus partidarios dicen que sí; que sí la toma.

Sus enemigos, por el contrario, dicen que no; que no la toma.

Y unos y otros esperan salirse con la suya.

Mientras tanto, convencidos nosotros de que esta cuestión reviste un interés grandísimo para todos los amantes de nuestra fiesta nacional, y aun para los que no lo son, y con objeto de satisfacer la ansiedad pública, más interesada cada vez en obtener nuevos detalles del asunto, hemos celebrado recientemente una interview con el simpático novillero, cuyo resultado transcribimos á continuación.

Como verán nuestros lectores, el *Enaguítas*, con su proverbial galantería, no sólo contestó extensamente á cuanto le preguntamos sobre el tan discutido asunto de la alternativa, sino que nos refirió, además, muchos episodios de su larga vida torera, algunos de los cuales ó no trascendieron al público ó llegaron á él completamente desnaturalizados.

EN BUSCA DEL "ENAGUITAS,,

Consecuentes con nuestro propósito de interviewar al popular diestro nos dirigimos á su casa, calle del Carnero, núm. 44, piso 4.º interior, 4.ª escalera de la derecha, cuarto núm. 4.

La portera nos detuvo en la entrada para preguntarnos por la persona á quien buscábamos, y satisfecha su curiosidad, nos dijo que el *Enagüitas*, si bien era allí donde vivía, donde de ordinario se hallaba metido era en el 100.

En el 100 de la misma calle.

Y efectivamente, en una taberna establecida en dicho número, le encontramos jugando al tute con su compadre el *Embuchado*: un mozo terne que en el verano suele hacer de Don Tancredo y en el invierno de vendedor ambulante de chuletas de huerta.

Enterado el *Enagüitas* de nuestros propósitos, se mostró agradecidísimo, y ofreciéndonos galantemente una banqueta del establecimiento, nos rogó que le permitiésemos terminar el juego que tenía empezado, y que se

proponía ganar, pues ya llevaba cantadas las cuarenta, y veinte más en copas... de Monóvar.

Accedimos, como es natural, á sus deseos, y sin duda para indemnizarnos de aquella molesta espera, mandó que nos sirvieran medio chico de vino. Por cierto que observamos que el *Enagüitas* recomendó disimuladamente al tabernero que nos lo sirviera del de á 30 céntimos la botella.

Del de á 30 la botella, con casco y todo.

Lozoya puro.

El *Enagüitas* terminó al fin la partida, perdiendo, por supuesto, pues aunque había cantado 60, no pudo impedir que se le saliera el *Embuchado*.

—¿Ve usted?—nos decía, mientras la emprendía á mordiscos con el as deoros que le acababan de fallar.— ¡Pues para todo tengo la misma pata!

Excitado por demás, se levantó y empezó á pasear por el establecimiento.

Cuando se hubo calmado un poco, mandó que nos echaran otro medio chico *de lo mismo*, tomó una banqueta,

y sentándose á nuestro lado, nos dijo con la finura y amabilidad que son en él características... cuando no se le sale el *Embuchado*.

—¿Con que usted quiere celebrar conmigo una inter... inter...

—Una interview, si usted no tiene inconveniente.

—¡Qué he de tener, compare!— (Para el *Enagüitas* son compadres todos los que le dirigen la palabra).— Por mi parte, puede usted celebrar toas las que le dé la gana.

—Tantas gracias...

—Nada de gracias, y al avío; vaya usted *interviniendo*, que yo iré contestando á tóo lo que usted me pregunte.

PRIMEROS AÑOS DEL ENAGÜITAS

SU APRENDIZAJE TAURINO

—Suponemos que usted se habrá dado cuenta de la inmensa popularidad alcanzada por su nombre, y del profundo interés que en todas las clases sociales ha despertado la noticia de su próxima alternativa.

—Sí señor; ya sé que la afición se ocupa bastante del asunto.

—No se habla de otra cosa en toda España; y como el público de Madrid no le conoce á usted sino por referencias, es natural que muestre vivísimos deseos de conocer la brillante historia taurina del que en breve ha de figurar en el cartel de abono de la villa del oso...

—Supongo que eso de oso no lo dirá usted por mí.

—No señor; por Madrid.

—Bueno; pues en obsequio á usted y por complacer á la afición, yo le referiré á usted mi vida, tanto en lo que tiene de buena como en lo que tiene de mala, para que vea usted que no soy alabancioso; pero luego, al contársela usted al público, ya me hará usted el favor de contarle sólo lo bueno y de callarse lo malo.

—Confíe usted en mi discreción.

—En ella confío.

—En primer lugar, la afición tiene sumo interés en saber si es usted madrileño, cordobés ó sevillano.

—Pues, compare, empieza usted por preguntarme una cosa que yo tampoco sé; ni nadie me ha dicho hasta

la fecha dónde nací, ni yo he tratado de averiguarlo; conservo en mi memoria algunos recuerdos del barrio de San Bernardo, de Sevilla, y del Campo de la Merced, de Córdoba, pero no me atrevería á apostar haber nacido en ninguna de aquellas capitales; de lo que sí estoy seguro es de haberme criado en las Américas.

—¿En Cuba quizá?

—No señor, en el Rastro.

—Lo siento mucho.

—¿Siente usted que yo me haya criado en el Rastro?

—No señor; lo que siento es que no podamos aclarar tan importante detalle.

—Pues no se preocupe usted del asunto y deje ese cuidado á la Historia; á lo mejor puede que resulte que soy de Pontevedra.

—¿Quiere usted decirme cómo se despertó en usted su afición á los toros?

—Pues... de ver á mi padre.

De verle torear, se entiende; porque mi padre, *pa* que usted lo sepa, también fué torero. ¿No ha oído usted nunca hablar del *Enaguas*?

—Me parece haber oído algo.

—Bueno, pues mi padre, que era el *Enaguas*, fué en su tiempo un novillero muy apañao, que por no tener padrino se quedó sin bautizar; es decir, sin alternativa.

Mi madre vendía gallinejas, y á mí, en cuanto tuve uso de razón me metieron en el Matadero pa que me acostumbrase á andar entre las reses.

Además, frecuentaba mi casa un tío (primo de mi madre, según ella, aunque yo creo que el primo lo era mi padre), que era conocedor de una ganadería brava. ◆

De modo que en mi casa, como usted ve, tóos vivíamos de los cuernos.

De mi niñez no hablemos; fué una calamidad continua.

Mi padre empleaba la mayor parte del dinero que ganaba toreando, en triple anís; mi madre se ocupaba más de su primo que de las gallinejas; y yo, en vez de asistir al Matadero, equivocaba el camino y me iba á las Vistillas á jugarle al cané las pocas perras que caían en mi mano.

De modo, que aquello parecía un herradero, pues como mi padre, que

era el director de lidia, no se ocupaba de ná, los peones hacíamos lo que nos daba la gana.

¡Y no era hambre la que se estropeaba en mi casal!

Pero si de hambre andábamos bien, de ropa andábamos bastante mal.

Yo no me ponía nunca una prenda nueva.

Todas las que me compraba mi madre eran de cuarto ó quinto uso, y la que no me estaba ancha, me resultaba estrecha.

Hasta que me cansé de esta situación, y me dije: «*Enagütas*, tu porvenir está en el toreo; conque, á torear.»

Y así fué; en algunos años no se celebró capea en diez leguas á la redonda de Madrid, en la que no metiera el morro.

Y como yo no era torpe ni me faltaba corazón, en poco tiempo me hice más popular que el *Guerra*.

Sin que esto quiera decir que cada capea fuera para mí una ovación; pues si unas veces tenía el santo de cara, otras muchas se me ponía de espaldas, y algunas hasta de cabeza, que era como yo andaba casi siempre,

Y recibía cada paliza de los toros, que encendía el pelo.

Sólo que yo no me desanimaba. Había soñado con un traje de luces de color azul pálido con golpes de oro, y me proponía no desmayar hasta que pudiera lucirlo en cualquier plaza al frente de una buena cuadrilla.

—¿Y tardó usted mucho tiempo en conseguirlo?

—Lo de la cuadrilla lo logré en seguida; lo del azul pálido es lo que estoy esperando todavía.

—Desearía conocer en qué circunstancias y con qué elementos formó usted su primera cuadrilla.

—Pues va usted á *sabélo*.

CUADRILLA DEL "ENAGUITAS,,

Las preferencias de que yo era objeto por parte del público, las excitaciones de algunos amigos que me aseguraban que yo sabía más toreo que el que lo inventó, y los *desinteresados* consejos de un zapatero de la calle del Tribulete, que me había hecho un par de botas fiado, que no sabía cómo

cóbrarse, me decidieron al fin á formar cuadrilla y á anunciarme como matador de novillos en *El cuerno ilustrado* y demás periódicos taurinos.

Para banderilleros me recomendaron al *Merluza chico*, un torerito que *se las traía*, según decían sus partidarios, aunque yo no ví nunca que se trajera nada; al *Ochavito mohoso*, que si pareando valía poco, como peón de brega era, no un ochavito mohoso, sino una moneda de cinco duros, y de las más relucientes; y al *Almeja*, un banderillero de una vez, pero muy aprensivo, pues los toros que escarbaban la tierra no le gustaban; los que meneaban mucho el rabo, tampoco; los que mugían, le daban miedo, y los que hacían sus necesidades en medio de la plaza, le ponían los pelos de punta.

Como picadores, se comprometieron á venir conmigo el *Cara de lata* y el *Zambombo*; ninguno de los dos habían toreado en su vida ni habían montado más caballos que los del tío vivo; pero como picar, sí habían picado bastante: los dos eran picapedreros.

Sólo me faltaba el puntillero, y para este puesto me recomendaron á un sastre muy aficionado á toros, pero con muy mal pulso; para rematarme una res necesitaba el hombre siete ú ocho golpes, y á lo mejor ocurría que con tanto golpe... me la levantaba.

PRIMERA CORRIDA

EN QUE EL «ENAGÜITAS» ACTÚA
COMO MATADOR DE NOVILLOS.

En cuanto formé la cuadrilla y me anuncié en los papeles, me empezaron á llover contratas como agua.

La primera que se me presentó, y que acepté inmediatamente en catorce duros y medio, fué una corrida en Villatostada de Abajo.

24 toros; 23 de capea y uno de muerte; pero sin picapedreros, digo, sin picadores.

¡Vaya una corrida aquélla!

¡Y vaya una recorrida la que á mí me dieron los villatostados!

No se me olvidará mientras viva.

Llegamos al pueblo el día de la corrida por la mañana, y lo primero que

hicimos fué ir á la plaza para ver el ganado.

Y en cuanto vimos el ganado, nos consideramos perdidos.

Mis compañeros perdieron el color, y yo, á más del color, perdí el apetito y casi por poco pierdo la vergüenza, pues me dieron intenciones de volverme á la estación y tomar el primer tren que me trajese á Madrid. Mi amor propio, sin embargo, pudo más que el miedo y me decidí á jugarle la coleta aquella tarde.

Verdaderamente, el ganado que nos destinaban, no era el más á propósito para que se luciera una cuadrilla de catorce duros y medio, sino para dar un disgusto al mismo *Curo Cúchares*, que hubiera tenido que torearlos.

¡Vaya unas catedrales!

El que menos de aquellos animalitos debía tener sus siete yerbas largas de talle.

Y no hablemos del destinado á la muerte; desde luego comprendí que el muerto iba á ser yo,

¡Jesús, qué toro! Si no había entrado en quinta, no le debían faltar ni cuatro meses,

Quiero decir que tenía sus veinte años cumplidos.

Un toro con toda la barba.

Grande, muy grande, cárdeno oscuro, bragao y bien puesto; y además, bizco del derecho. A mí, por lo menos, me pareció que no me miraba con buenos ojos.

Salimos de los corrales con la mar de jinda; mis compañeros empezaron á quejarse de flato y á mí me entró una fiebre de las más malas: yo creo que era la tifoidea.

Y como todo llega en este mundo, llegó la hora de la corrida.

Las carretas, carros y demás vehículos con que se había improvisado la plaza, estaban de bote en bote. Por orden de la autoridad, las mujeres se habían colocado debajo y los hombres encima.

La música también debía ser improvisada: se componía de un cornetín, un bajo, un tambor, un bombo y los platillos, y si bien no tocaban muy acordes, lo que es ruido, ya metían bastante.

Al fin apareció el alcalde en su palco (un balcón adornado con dos ó tres

colchas), y hecha la señal, hicimos el paseo al compás de un paso, no sé si doble ó triple, porque cada instrumento iba por su lado.

El público nos tributó una verdadera ovación, y yo dije para mí: ¡*Aluc-go* será ella!

Como no teníamos necesidad de cambiar de capote, puesto que no teníamos más que uno, y gracias, inmediatamente se dió suelta al primero de los veinticuatro del ala, que, como ya he dicho, era más grande que la catedral de Burgos, y con cada pitón más largo que el palo mayor de un buque.

Nosotros derrochamos la mar de prudencia lo mismo en este toro que en todos los demás de la capea, y gracias á esto no tuvimos que lamentar ninguna avería, por parte de los moruchos, se entiende, porque lo que es en cuanto á los villatostados, bien nos hicieron la p...ascua.

En toda la tarde cesaron de decirnos cosas feas y de arrojarnos toda clase de proyectiles, tales como pepinos, tomates, patatas, etc., etc.; como que antes de diez minutos estaba la

plaza llena de verdura; aquello, más que una plaza de toros, parecía la plaza de la Cebada.

A todo esto, los músicos seguían tocándonos las piezas.

Las piezas más escogidas de su repertorio.

El público, por su parte, cada vez más guasón y con más ganas de tomarnos el pelo.

Y nosotros, ni que decir tiene, cada vez más *acharaos*.

Hasta que le tocó su turno al toro de muerte.

Y aquí te quiero, escopeta, digo, *Enaguítas*.

Salió revolviéndose y dando el primer susto á un concejal del Ayuntamiento, que era el encargado de abrirle la puerta.

El *Almeja* le tiró el primer capotazo, ¡y para qué quiso más!, el toro le persiguió, le cortó el terreno y le volteó aparatosamente, arrojándole al interior de una carreta.

Afortunadamente, el valiente muchacho no sacó más que el susto consiguiente, pues tuvo la fortuna de caer encima del boticario, que estaba

bastante metido en carnes, y le sirvió de colchón. El boticario, en cambio, tuvo que pasar á la enfermería á curarse del golpe, que fué de órdago.

El pánico se había apoderado de nosotros y ni *pa* Dios nos acercábamos á la fiera. El alcalde nos mandó varios avisos, pero como si no; el público pedía que nos diesen garrote, y un *guindilla*, que debía ser un guasón de marca mayor y con muy mala sangre, empezó á pincharnos con el sable desde la barrera.

¡Válgame Dios, qué apuros!

Yo, al ver el aspecto que iba tomando aquel negocio y que, entre morir de una cornada del cornúpeto ó de un descabello del municipal, era preferible lo primero, hice de tripas corazón y me dije: ¡*Enagüitas*, que no se diga!; y me fuí al toro sin mirar siquiera si me acompañaba algún peón.

Verme el toro, que ya me tenía calado, y venirse para mí lo mismo que un rayo, fué todo uno; yo no sé si consistía en que vacié demasiado ó en que no vacié lo suficiente, lo cierto fué que el toro me cogió por su cuen-

ta y me dió dos ó tres revolcones como *pa* mí solo.

Me levanté lleno de coraje... y de tierra; le tendí el capote en la misma cara, clavé los pies en el suelo, y en menos terreno que el que coge este velador, empecé á lancearle por naturales, verónicas, navarras y faroles de todas clases y categoría, hasta que el toro, más blando que un merengue y sin fuerza para mover el rabo, vino á caer á mis pies, rendido y mugiendo, como diciéndome: —¡Valiente torerazo está usted hecho, amigo *Ena-güitas!* Yo, que con los aplausos me había crecido, le eché el capote encima de la cuna y me acosté encima.

¡Y no fué ovación la que me tributó el público! Aquello fué el delirio: puros, banquetas, sombreros, sillas, no quedó un espectador que no me echara algo; hasta el municipal de marras me echó un cordel al cuello, y empezó á tirar con todas sus fuerzas; si no ando listo, me ahoga.

El público, entusiasmado, pidió que parease yo solo, y yo, que estaba por dar gusto al público, cogí en seguida las banderillas, cité en corto, y mar-

cando los tiempos como Dios manda, cuarteé un par que hubiera sido superior, á no ser porque resultó un poco abierto; como que una banderilla quedó en el rabo y otra en una pezuña; pero no por culpa mía, sino por culpa del toro, que al llegar á mí hizo un extraño. Repetí con otros tres ó cuatro pares, y todos me resultaron desiguales, por causa de los extraños; yo creo que de lo que el animal se extrañaba tanto era de verme tan valiente.

Cuando llegó la hora de matar, cogí los trastos y le endilgué al presidente el siguiente brindis, *na* menos que en verso, *pa* que viera que yo era una persona *ilustrá*:

Brindo por el señor alcalde
y por la señora alcaldesa
y por sus acompañantes,
y si no mato á este toro,
que me corten la coleta.

El público me ovacionó de nuevo, y yo me fuí á la res con muchos deseos de desquitarme de todo lo malo que había hecho hasta entonces.

El animal se prestaba á ello, pues de aquel torazo que había salido del

chiquero con tanto carbón, había yo hecho un borreguillo, una perita en dulce, á fuerza de ciencia y toreo fino.

¡Y vaya una faena aquélla!

Una faena de esas que, según dicen, se escriben en los mármoles y en los bronces.

Véase la clase:

Empecé con un cambio.

—¿Un cambio?

—Sí señor; antes de llegar al toro tuve que cambiar de muleta, porque la primera que saqué era muy pequeña, y como hacía mucho aire, me descubría mucho.

A este cambio siguieron cuarenta pases naturales, cuarenta y cuatro de telón... de boca, cincuenta y cinco altos, cincuenta y seis bajos y cincuenta y siete entresuelos.

—Hombre, esos pases entresuelos serán pases modernistas; yo, por lo menos, no los he visto nunca.

—¡Como que los he inventado yo!

—¡Ya!

—Además le largué ochenta y dos pases de cabeza á rabo, barriendo los lomos.

—Pues no hay duda de que quedaría bien barrido.

—Figúrese usted; sólo que luego le dí otros ochenta y dos de rabo á cabeza, y vino á quedar igual.

—De todos modos, resulta que lo pasó usted bastantes veces.

—Sí señor; si llega á ser un duro falso, puede ser que no lo hubiera podido pasar ni una.

Seguí la faena, y con treinta pases más, en *redondo*, conseguí *cuadrar* al cornúpeto; me eché en seguida la escopeta á la cara, y... ¡pum!

—¡Un tiro!

—No señor; un naranjazo que me dieron en mitad del cogote. *Pa mí* que la naranja me la tiró el municipalito de antes; pero como no me convenía perder la cara al toro, me hice el desentendío y seguí pasando.

—¿Más pases?

—Sí señor; lo que yo quería era que el toro se aburriese y se echase y me quitase un cuídao de encima; sólo que el toro decía que nones.

Al fin conseguí cuadrarle por segunda vez, me perfilé y me dejé caer

con tantas agallas, que me quedé dormido en la misma cuna.

Cuando desperté, me encontré en la cárcel.

—¿En la cárcel?

—Sí señor, en la cárcel, juntamente con mis tres banderilleros. Ellos, por miedosos; yo, por haber matado al toro de un bajonazo.

Y eso que la estocada no podía estar mejor puesta.

Mejor puesta en una paletilla.

A pesar de eso, yo creo que el público debió haberme aplaudido, si quiera por la fe con que me tiré á matar; pero, compare, váyale usted con fe, esperanza y caridad á los de Villatostada de Abajo; tres días con tres noches nos tuvieron en la cárcel, y aún les parecía poco; por ellos, hubiéramos ido al patíbulo.

Por fin, á los tres días nos pusieron en libertad, y de noche, por temor á que aquellos bárbaros repitieran la ovación del domingo; ahuecamos el ala con el decidido propósito de no volver á Villatostada de Abajo ni á coger monedas de cinco duros.

Y excuso decirle á usted que desde

aquel día aborrecí las tostadas; las de abajo, sobre todo, no las quiero ni con manteca divina.

— Verdaderamente, se estrenó usted con poca fortuna. Por supuesto, que en las corridas sucesivas buscaría usted el desquite.

—¿Que si le busqué? ¡ya lo creo! En la primera corrida que toreé después de la de Villatostada, de cuatro toros que tenía que matar, me echaron tres al corral.

—¡Pues vaya un desquite!

—¡Y qué quiere usted! Cuando se tiene el santo de espaldas, no vale arrimarse ni torear como Dios manda. A lo mejor trata uno de meter el hombro, y resulta que mete la pata; ¡todo le sale á uno al revés!

En las corridas siguientes ya fué otra cosa; en todas he quedado como un maestro, y pocos son los pueblos de España donde no haya toreado... ó me hayan toreado; que es lo que suele sucederme con mucha frecuencia.

COGIDAS SUFRIDAS POR EL "ENAGUITAS,,

—¿Ha sufrido usted muchas cogidas?

—La mar de ellas, pero todas leves: varetazos, revolcones y alguno que otro siete en la taleguilla. De importancia sólo he tenido dos; la primera fué un día del Corpus.

—Algún miura...

—No señor; un guardia civil.

—¿Un guardia civil?

—Sí señor; un guardia civil que me cogió viajando de guagua en un vagón de tercera.

—¿Y cómo fué eso?

—Pues verá usted: aquel día se celebraba una capea en un pueblo próximo á Madrid, en la cual nos habíamos dado cita la *igilí* de los aficionados; como de costumbre, me encontraba sin un real, y como andando no podía ir, porque tenía las manos llenas de sabañones, tuve que estudiar la manera de hacer el viaje lo más económicamente posible; y lo más económicamente posible ya sabía yo que era metiéndome en el tren sin billete.

Y así lo hice; me metí, como pude, en la estación, y me agazapé debajo de los asientos de un vagón de tercera.

Pero no había contado con la huéspededa, y la huéspededa fué en esta ocasión una pareja de la guardia civil, que vino á sentarse precisamente encima de mí.

—¡Mala pata!—Me dije procurando contener la respiración cuanto podía.

A los pocos minutos partió el tren, y no hay para qué decir el cerote que yo llevaba encima; sobre todo, cuando oí decir á una señora, dirigiéndose á los guardias.

—Dicen que por esta línea viaja mucha gente sin pagar, ¿es cierto?

—No lo sabemos—contestaron los guardias.

—Pues yo sí lo sé—continuó la señora;—porque me lo ha dicho un cuñado mío que es factor, y cuando él lo asegura debe de ser verdad; por cierto que dice que los que viajan en esa forma, suelen ir escondidos debajo de los asientos.

—¡Mal rayo te parta á tí y á tu cuñado, grandísima... arrastrá!

Le hubiera yo dicho á haber podido alzar la voz; pero como no podía, no tuve más remedio que achantarme.

Uno de los guardias, por su parte, le contestó:—Yo llevo poco tiempo en esta línea y no he tropezado aún con ningún pájaro de éstos; pero el primero que atrape, me las paga todas juntas.

Oír yo esto y escapárseme un estornudo por la parte de atrás, fué todo uno.

—Vaya, vaya—dijo el guardia asomando la cabeza por debajo del asiento.—Ya creo que tenemos aquí el pájaro que buscábamos.

Me mandó salir de mi escondite, y después de haberme mirado tres ó cuatro veces de arriba á abajo y de abajo á arriba, me dijo, fijándose sin duda en mi traje corto.

—Oye tú, Reverte, ¿se puede saber para qué ibas metido ahí debajo?

—Pues... para ir más cómodo.

—¿Llevas billete?

—Creo que lo he perdido—contesté yo después de haberme registrado los bolsillos tres ó cuatro veces.

—Bueno; pues siéntate ahí y no te apures, que en el primer pueblo que encontremos, ya te daremos uno... de primera.

De primera era la paliza que yo esperaba.

A los pocos minutos llegamos á una estación y me mandaron bajar.

Y me bajé.

Pero conste que fué porque me obligaron,

En seguida me presentaron al Jefe de la estación, el cual dijo á los guardias:

—Bueno; pues ya que á este socio no le gusta pagar, que cobre.

Y cobré efectivamente.

Los civiles me metieron en el cuarto del alumbrado, y, con la recomendación del Jefe, no hay que decir si me alumbrarían de firme.

Me pusieron el cuerpo azul pálido; del color que yo había soñado para mi traje de luces; sólo que los golpes, en vez de ser de oro, como á mí me gustan, fueron de... acebuche.

Después me dejaron en libertad.

Y en cuanto me ví libre, busqué

la carretera y no paré de trotar hasta que llegué á Madrid.

¡Maldito si me acordaba de los baños!

Conque dígame usted si la cogidita no tuvo importancia.

—Sí señor; reconozco que fué una cogida con consecuencias.

—Pues mucho peores fueron las de la que recibí á los pocos días.

—¿En qué plaza?

—No fué en plaza precisamente, sino en calle, y de las más céntricas.

—Torearía usted con despego...

—Todo lo contrario; fué por ceñirme demasiado.

—¿Quiere usted darme detalles?

—No señor, y usted dispense la franqueza; lo único que puedo decirle es que me recomendaron los baños de Archena, y que á pesar de haberlos tomado siete años seguidos, todavía colea; ó, mejor dicho, todavía cojeo.

COMPETENCIAS SOSTENIDAS

POR EL «ENAGÜITAS»

—¿Ha sostenido usted muchas competencias?

—Sí señor, muchas; las principales con el *Reuma*.

—¡Hombre! ¿Y con el reuma se atrevía usted á salir á la plaza?

—¿Y por qué no?

—Porque supongo que los dolores...

—¡Qué dolores ni qué niño muerto! El *Reuma* á que yo me refiero es un maleta que anda por ahí echándose las de matador, y resulta que mata menos que cualquiera de mis zapatillas; sólo que el hombre tiene ganas de que le saquen en Madrid, y no sabe arreglárselas de otra manera que enviando telegramas á los periódicos poniendo por las nubes su trabajo y echando por tierra el de los demás.

—Pues en ese caso, no hay duda de que sería usted el que siempre se llevara las palmas.

—En la plaza, sí señor; yo era el

que se las llevaba; pero en los partes resultaba que era él el que lo hacía todo.

Esto, compare, me traía muy acharrado, porque comprendía que el *Reuma* iba haciendo su cartel á costa del mío; y como eso no me convenía, traté últimamente de seguir el mismo sistema, mandando también telegramitas llenos de infundios á los periódicos.

De nada, sin embargo, me sirvió este recurso, porque el *Reuma* me tomaba siempre la delantera.

Prueba de ello es lo que me ocurrió en las dos últimas corridas que toreamos juntos.

En la primera quedé yo como los propios ángeles; el *Reuma*, en cambio, estuvo infernal; se dejó dos toros vivos, y en el otro por poco le ponen banderillas de fuego.

—Al toro.

—No señor, al *Reuma*; el público estaba ya tan quemado, que hubiera visto con gusto quemar al espada.

Bueno; pues á pesar de todo eso, tuvo la poca aprensión de mandar á los periódicos el telegrama siguiente:

«*Villamelón 7* (8,45 n.).—Ganado de Rodríguez, bueno; caballos 32; el *Reuma* buenísimo toreando, notable banderilleando, y hecho un maestro con la muleta y estoque. Tres orejas; ovación continua. El *Enagüitas* pésimo.—*Ataque.*»

Aunque el interesado lo negaba, demasiado sabía yo que este *Ataque* era el *Reuma*.

Y para la corrida siguiente juré no quedarme atrás en lo de telegrafiar embustes.

La corrida, que fué de primera por parte del ganado, sirvió para que el público se convenciera de que yo mataba veinte veces más que el *Reuma*; como que éste tuvo que salir de la plaza escoltado por la guardia civil, para que el público no se la cortara.

La coleta, digo.

En los periódicos del día siguiente aparecieron, sin embargo, estos dos telegramas.

El primero, que era mío, decía poco más ó menos:

Villamelón 8 (7,50 n.).—Toros de González, buenos; caballos, 15; el *Enagüitas*, superior; tres toros tres es-

tocadas; tres orejas. El *Reuma* desgraciado.—*José.*»

El otro telegrama, el de mi contrario, decía así:

«*Villamelón* 8 (7,45 n.).—Toros de González, superiores; caballos, 30; el *Reuma*, archisuperior en todo; de dos estocadas, tres toros; ganó seis orejas y tres rabos; sacado en hombros. El *Enaguitas* detestable.—*Ataque.*»

Cuando leí este telegrama, me convencí de que no hay quien compita con el *Reuma* toreando... por telégrafo.

De las demás competencias que he sostenido no vale la pena de que le cuente nada, porque si en unas quedaba mejor que mi contrincante, en otras quedaba peor, y... pata.

PROPÓSITOS DEL ENAGUITAS PARA

CUANDO TOME LA ALTERNATIVA

—Volviendo al tema de la alternativa; ¿usted cree que al fin se la darán en esta temporada?

—No señor; no creo más que en

Dios... y en la tintura de árnica; como dicen en cierta comedia.

—¿Y en qué se funda usted para dudar?

—En que ni conozco al empresario ni tengo ningún tío obispo.

—Y en caso de que se la den, ¿qué conducta piensa usted seguir?

—En primer lugar, me propongo quitar muchos moños; sobre todo á esas notabilidades que se hacen pagar cinco ó seis mil pesetas por corrida, y no saben correr un toro por derecho.

—A propósito de toros; ¿usted es también de los que prefieren el ganado andaluz al de la tierra?

—Sí señor; el ganado andaluz tiene la ventaja de ser el más noble y el más toreadable.

—¿Y el de la tierra, no le gusta?

—El único que me gusta algo es el de Méntrida; pero yo prefiero á todos los de la tierra el de Valdepeñas.

—Todos los matadores tienen una suerte favorita que suelen practicarla con una habilidad y una limpieza no igualada por los demás, ¿cuál es la de usted?

—La mía, recibir.

—¡Ah! usted recibe...

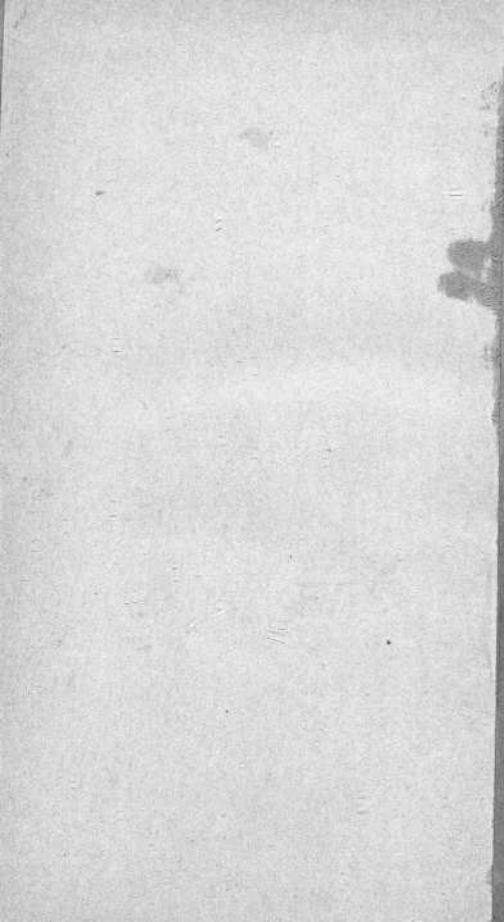
—Sí señor; yo recibo todo lo que me den.

—Como punto final de nuestra conferencia, me permito aconsejarle que, cuando tome la alternativa, no imite á otros matadores, que en cuanto se hacen de un buen cartel, se duermen á la bartola; sino que continúe usted siempre arrimándose y practicando el toreo verdad.

—Sí señor; de esa misma opinión soy yo; y tanto pienso arrimarme, que el día que oiga usted decir que el *Enagüitas* ha muerto, tenga usted la seguridad de que ha sido de tanto atracarse de toro.

De toro estofado, con mucho peregil y muchas patatas.







3

